

**ALGUNOS PRESUPUESTOS PARA DEFINIR
LA IDENTIDAD CUBANA
EN SU RELACION CON LA DIASPORA**

Ernesto Rodríguez Chávez
Centro de Estudios sobre América (CEA), La Habana
FCPyS, UNAM

(Borrador para discusión, no citar ni reproducir)

México, DF

En vísperas del fin del milenio el debate sobre la identidad en todas sus formas, cultural, nacional, transnacional, de diáspora, étnica, de género, de clase y otras, aparece como expresión de los múltiples y complejos procesos económicos, políticos y sociales que tienen lugar en el mundo de hoy, con su consiguiente reflejo en el debate académico e ideológico. La internacionalización cada vez mayor de la economía, manifiesta en el mito y la realidad de la globalización, los problemas de la democracia, los cambios en los roles del Estado y en las fronteras nacionales, la crisis de los paradigmas del universalismo europeo y del socialismo real, más los avances tecnológicos, imponen no sólo la búsqueda de nuevos paradigmas políticos y económicos, sino la necesidad de una nueva relación sujeto - colectivo - nación que explique esta interconexión y ofrezca soluciones viables a la existencia social de todos los pueblos del centro y la periferia en el nuevo mapa mundial. Conceptos como identidad, nación, nacionalidad, y ciudadanía, pluralismo e igualdad, tienen que ser replanteados en teoría, así como en su uso práctico y normativo.

La búsqueda de esta nueva relación sujeto - colectivo - nación, implica reconocer la necesidad de construcción de nuevas identidades colectivas que se vienen forjando en este complejo proceso de transformación nacional e internacional. Para nuestro objeto de trabajo posee especial importancia el incremento acelerado que está ocurriendo de la migración internacional en todas las direcciones en las últimas décadas, y el impacto que esto trae sobre la identidad, entre otras cosas. Este fluir incesante de personas, a cortas y largas distancias, movidas por una compleja red de causas y motivaciones a través de múltiples formas legales e ilegales y bajo diversas políticas migratorias nacionales, crea la emergencia de nuevas identidades que no podemos desconocer en ninguna de sus manifestaciones.

La identidad cubana no escapa a este proceso histórico universal. Casi 40 años de cambios radicales en Cuba como resultado de la Revolución socialista, y más de 30 años de la existencia de una ascendente comunidad de emigrados cubanos en los EE.UU., han provocado un importante proceso de inclusiones y exclusiones en la identidad cultural cubana que no siempre se reconoce por las partes involucradas. La reinterpretación

ción y reconceptualización de la identidad cultural cubana en todas sus dimensiones es una necesidad teórico y práctica, en Cuba y en su diáspora en la actual coyuntura.

Bajo este imperativo trataremos de exponer algunos de los presupuestos teóricos generales que sobre la base del debate internacional actual de la identidad, pensamos pueden ayudar a establecer límites y problemas en la definición de la identidad cubana en su relación con la diáspora, y ver esto como parte del nuevo vínculo que se va forjando entre la población de la Isla, sus emigrados y la nación. El trabajo no busca llegar a una definición de la identidad cubana en actualidad, ni las múltiples posibilidades de manifestación que puede tener en Cuba o en el exterior. Tampoco pretende analizar a fondo los cambios ocurridos en las últimas cuatro décadas que han reafirmado, ampliado o excluido rasgos o elementos de la identidad cubana inicial, o entrar en la discusión concreta de que puede ser parte de lo cubano y de lo cubano-americano y donde está su convergencia o diferencia.

El análisis de los presupuestos teóricos generales validos para interpretar la identidad cubana se guía por la siguiente hipótesis que no necesariamente va a ser fundamentada: El fuerte flujo emigratorio cubano posterior a 1959, la formación del enclave en Miami y el desarrollo en general de lo cubano-americano en los EE.UU., unido a los aportes de nuevas oleadas migratorias desde 1980, rompen con patrones establecidos de lo cubano en la Isla y en la diáspora, y obligan a modificar y ampliar su concepto. La identidad cultural cubana hoy está en la Isla, como sujeto principal que dio continuidad a sus orígenes más fecundos de lucha por la independencia nacional, pero también está en la diáspora como su extensión desde una perspectiva política opuesta que se amplió además a lo cubano-americano. En cada parte hay elementos identificadores básicos y elementos nuevos, sin embargo, la confrontación entre los EE.UU. y Cuba, más el conflicto político Isla - diáspora, actúan en forma permanente como separadores y exacerbadores de la diferencia. La búsqueda de una nueva relación sujeto - colectivo - nación que impone la coyuntura internacional y nacional para la nación cubana, obliga a que Isla y diáspora se reconozcan como partes de la identidad cubana en su proceso histórico de construcción y desconstrucción.

Contexto general: Migración e identidad

La migración internacional no se limita al problema económico, político, étnico, ambiental que la pueda generar o que esta crea in situ como efecto. La migración marca la formación y transformación del Estado, la sociedad, la nacionalidad, la ciudadanía y la identidad humana según intensidad, concentración geográfica y tipo de migración, a partir de dos niveles básicos. Impacta primero a nivel constitutivo para los países que se crean esencialmente con inmigrantes. Después a nivel restitutivo para los Estados formados con anterioridad. Este nivel restitutivo, que es lo más importante para nuestro análisis, se expresa a su vez en dos direcciones, una hacia los países receptores de inmigrantes con las transformaciones y consecuencias que provoca a su interior el flujo de recién llegados y las comunidades conformadas por estos, y otra hacia los países emisores que reciben un doble impacto de la migración, al inicio cuando sale parte de su población al exterior y luego con el retorno directo o indirecto, definitivo o temporal de algunos de estos. Proceso este último acentuado en muchos países o localidades con el aumento de las facilidades de transporte y comunicación a nivel internacional, y en especial para algunos casos con el desarrollo de la migración pendular, transnacional y hasta de comunidades transnacionales entre el lugar de origen y el receptor.

La importancia de la migración internacional en esta época respecto a la conformación o transformación de identidades colectivas hay que verla no sólo en el incremento cuantitativo de la migración y la conformación de nuevas comunidades nacionales dentro de Estados ya constituidos, sino en los cambios cualitativos manifiestos en la migración respecto a su composición, formas de ejecución y los vínculos que pueden formarse en la actualidad entre los emigrados y sus países de procedencia, con particular importancia en lo concerniente a las transferencias monetarias y los impactos que esto crea en todas las esferas de la sociedad.

A diferencia de siglos pasados e incluso de las primeras décadas del siglo XX, cuando algunos países estimulaban la inmigración como parte de su proceso de conformación territorial y económica, ahora todos los Estados van por la vía de cerrar o proteger sus fronteras nacionales al libre movimiento de “extraños” que quieren establecerse en su

territorio y pueden “amenazar” los intereses o beneficios de su comunidad. Al libre movimiento de mercancías y capitales que impone la globalización, se opone el interés de los Estados de restringir el libre movimiento de personas o por lo menos subordinarlo a sus intereses estratégicos. El problema de la pertenencia a y los derechos que esto supone, más la forma de redistribuir lo que pertenece a la comunidad establecida o que asume que le pertenece, sigue siendo desigual en relación a la producción de los bienes a nivel nacional e internacional (Walzer 1993: 44-74). Esto marca las políticas migratorias y de naturalización, y conforma límites a las nuevas identidades que se debaten por surgir o cambiar en la presente coyuntura.

En el sentido de la relación migración - nuevas identidades, el debate internacional está focalizado en dos direcciones. Una en torno a los problemas que asisten la necesidad de una sociedad multicultural, sobre todo para las sociedades que hoy son polos principales de recepción de inmigrantes, aunque también para aquellas donde ha resurgido la emergencia de las minorías nacionales y culturales, no necesariamente nuevas, como resultado de la actual coyuntura histórico - política (Touraine 1995, Kymlicka 1996, Lucas 1997). Otra, en relación con la identidad de diáspora en las comunidades de inmigrantes y más reciente en esa línea en torno a la identidad transnacional que aparece con el transnacionalismo migratorio y las comunidades transnacionales, con su consecuente impacto sobre la identidad nacional de esos países (Glick et al 1992, Basch et al 1994, Portes 1996, Guarnizo 1997, Duany 1997).

La complejidad de la formación y manifestación de la identidad diaspórica y de la identidad transnacional, mejor que ninguna de las otras formas de la identidad humana en la época actual, reflejan la dualidad constructiva que el hombre posee en cuanto a su tendencia a la movilidad y a la estabilidad como fuerzas en lucha permanente, ya sea a nivel de individuos, grupos o comunidades completas. La tendencia a la movilidad como expresión de su evolución y desarrollo, de su acuerdo y desacuerdo con el *modus vivendi*, como transgresión de los límites o las fronteras mentales, sociales o territoriales en que desenvuelve su actividad (Touraine 1993: 9-14, Walzer 1993: 50). La tendencia a la estabilidad en grupos, comunidades, identidades, territorios y Estados

(Walzer 1993:50), como vía de garantizar intereses, legitimarlos y buscar mayor nivel de satisfacción material o espiritual bajo cualquiera de esas formas de cohesión.

Visto lo anterior en extremo, estamos en presencia de dos dimensiones opuestas de la existencia humana, la traslación, el cambio, la diferencia, la no pertenencia, el desarraigo, la alteridad, la pérdida por la obtención, versus, la permanencia, la estabilidad, la coherencia, la pertenencia, la identidad, el arraigo, el mantenimiento por la obtención. En el fondo más legítimo del asunto y apartándonos del afán de opresión y explotación que pueda intermediar la acción humana, de lo que se trata es de la búsqueda del bienestar en su forma concreta.

Respecto a la movilidad de la población en muchos teóricos domina el criterio de que “La mayoría tiende a quedarse donde está a menos que su vida allí sea muy difícil. Experimentan una tensión entre el amor a un lugar y los inconvenientes de ese lugar determinado. Mientras algunos abandonan sus hogares y se hacen extranjeros en nuevos países, otros permanecen donde están y resienten a los extranjeros en el propio país” (Walzer 1993: 50). Otros ofrecen un enfoque más mediador: “... un grupo social en reposo o un grupo social en movimiento, tiende a permanecer en ese estado a menos que se le impulse a cambiar, porque junto con cualquier patrón posible de vida se desarrolla un sistema de valores en apoyo a ese patrón”. (Petersen, William 1958 citado por Sandoval 1993: 42). El hombre va a buscar nuevos caminos para satisfacer sus necesidades materiales y espirituales sea con la movilidad o la estabilidad. Aquí la interrelación entre el individuo, el grupo, la Nación, el territorio y el Estado tiene un peso fundamental.

Si aceptamos este principio constructivo dual del hombre, no será difícil entender la relación estabilidad - movilidad que encierra la identidad como concepto para definir un conjunto de rasgos de ese hombre en tiempo, espacio y relaciones sociales determinadas, es decir como igualdad y diferencia, máximo si nos referimos a las manifestaciones que asume la identidad social a partir de la migración internacional, con la traslación de un territorio a otro, de un Estado a otro, de una cultura a otra, y las relaciones que se establecen en ese proceso de transformación y construcción de

identidad con el país de origen y el país receptor. Qué se incluye, qué se excluye, ha qué cultura se pertenece ?, son parte de los dilemas de la identidad del emigrado. Qué tipo de identidad se establece en los emigrados, qué factores inciden es esto, cómo se da el cambio y la creación de nueva identidad ?, son algunas de las preguntas a las que el análisis social debe buscar respuesta.

Del concepto y las dimensiones sociales de la identidad

La identidad es un fenómeno dinámico y jerarquizado que se desarrolla en un proceso permanente de construcción y desconstrucción, a nivel de individuos, grupos y comunidades. La ubicación de la identidad en su contexto geográfico, psicológico, político, económico, histórico muestra lo ficticio de una identidad estática y esencialista que maximiza lo dado. La identidad siempre cambia, se ensancha y adapta según los diferentes contextos, en un devenir de continuidad y discontinuidad, de unidad y diferencia. Las identidades étnicas y culturales se forman y transforman a través de la atribución de etiquetas y del discurso narrativo propio, donde las élites políticas pueden jugar un papel decisivo (Pinxten 1997). Este enfoque de la identidad en construcción permanente no asume una identidad temporal o transitoria como lo permanente, ni se queda en el esencialismo identitario, sino que trata de reconocer el movimiento que encierra lo que en si mismo define el concepto de identidad y por tanto la necesidad de repensar el concepto, de ver los nuevos límites, lo que incluye o excluye, en el momento concreto de dar una definición como la de identidad cubana.

En la construcción permanente de la identidad es importante señalar distintas lógicas o niveles de identificación social asumidas en su integridad por el sujeto como actor social: la integración y la crisis, la estrategia y los recursos, así como el compromiso. Esto facilita comprender la complejidad y heterogeneidad de la formación de la identidad y de su expresión en la acción del sujeto social (Dubet 1989: 520). Las lógicas de identificación social que Dubet señala tienen especial importancia para el análisis de la transformación de la identidad cubana después de 1959:

La identidad como vertiente subjetiva del proceso de integración y crisis, nos remite a una cierta imagen de relaciones sociales, no sólo a nivel de individuos. La identidad que

construye o refuerza la pertenencia a un grupo se realiza en comparación y oposición a otros grupos, aquí entra el juego de las referencias sociales positivas y negativas autogeneradas o impulsadas por un sector interesado en esa identificación, las élites dominantes en el grupo y/o la acción de los Estados. En tanto más distancia social del otro, más resguardada está la identidad buscada. Cuando las diferencias se reducen, la identidad se defiende hipertrofiando las diferencias. El proceso de desintegración a un grupo y de integración a otro ante el cambio de estatus o cultura, aun cuando es deseado, no deja de provocar un proceso mayor o menor de crisis de pertenencia e identidad (Dubet 1989: 521-23).

Esa interpretación de la identidad como integración, posee también una dimensión estratégica, es decir se emplea la identidad como recurso estratégico para los fines deseados. La identidad es empleada como recurso de poder e influencia ante otro grupo, como una opción de acción que corresponde más al propósito que a la naturaleza misma del sujeto. La identidad social no sólo es producto de la historia y de la socialización, posee ciertas formas instrumentales construidas más allá de los fines de afirmación (Dubet: 1989: 526-29).

La identidad en la acción social no sólo implica la integración y su uso como recurso estratégico, es además compromiso del sujeto en mayor o menor medida. En el compromiso está la parte movilizativa de la identidad en la acción del sujeto. El compromiso liga orientaciones culturales y proyectos para ir en busca de lo nuevo, para superarlo y sacralizar lo existente o lo nuevo. Se habla entonces de los “intereses” de la patria, del proletariado, de la democracia (Dubet 1989: 530-33).

Estas tres lógicas de la identidad social actúan de manera simultánea, el actor social las comparte con diverso grado de intensidad. “La identidad social no está ni dada, ni es unidimensional, sino que resulta del trabajo del actor del trabajo de un actor que administra y organiza las diversas dimensiones de su experiencia social y de sus identificaciones” (Dubet 1989: 536).

Además de tener presente las diferentes dimensiones de la identidad a través de la acción del sujeto, como fundamento para comprender las manifestaciones de la

identidad cubana en la Isla y en su diáspora, o en general, debido a la forma en que este fenómeno ha surgido en el marco de una confrontación política mayor, es vital reconocer el papel del conflicto en la dinámica de la identidad y de esta sobre el conflicto mismo. Esto tiene especial importancia para la comprensión del caso cubano en la necesidad de replantear el tema de la identidad cubana, uno como definición misma de sus límites. Dos, como vía de disminuir grados o incluso alguna parte del conflicto entre la Isla y su diáspora en los EE.UU.

En este sentido habrá que tener presente cuatro condiciones intrínsecas a los conflictos que Pinxten señala citando a L. Kriesburg (Pinxten 1997: 55): a) las partes en conflicto se ven como entidades separadas una de la otra; b) al menos una de las partes se siente agraviada; c) al menos una de las partes tiene como finalidad realizar cambios en la otra parte a fin de satisfacer sus agravios; y d) la parte agraviada posee la convicción de que el cambio deseado por la otra no es posible. Las dinámicas de identidad codeterminan agravios, objetivos y expectativas de solución en los conflictos, y a su vez estas condiciones del conflicto determinan parcialmente las dinámicas de identidad de las partes en conflicto.

Del multiculturalismo a la identidad cubana y su diáspora

El ideal de la sociedad multicultural actual implica la comunicación y el intercambio entre actores con categorías de expresión, análisis e interpretación diferentes en una unidad social y territorial (Touraine, 1995:16), pero visto a nivel internacional, debe añadirse que implica también, la tolerancia y esas mismas relaciones de comunicación e intercambio entre territorios y sociedades diversas, o sea el respecto a la independencia nacional y al sistema de cada país, sin imponer patrones culturales y políticos aunque se consideren superiores. El problema es ver hacia adentro y hacia afuera en cada unidad social y territorial, la relación entre una sociedad y otra, como parte de la coexistencia, la tolerancia y la democracia universal. En este contexto hay que ubicar el debate en torno a la identidad cubana actual.

Sabemos que el problema de la sociedad multicultural puede ser diferente del problema de la lucha por la independencia nacional y la búsqueda de una identidad nacional, pero esto no puede sustraernos de ver que aun cuando se discute el paso a la sociedad multicultural como forma superior de identidad colectiva, hay países que unido a sus conflictos internos de multiculturalidad, deben llevar a la par la lucha por el resguardo de su independencia y el respeto a sus intereses que tratan de ser transgredidos permanentemente por otros. A su vez países que discuten a su interior la multiculturalidad, que buscan formas de permitir el acceso y la pertenencia a todos, al menos en teoría, no aplican iguales parámetros hacia otros en el exterior. Esta es la compleja realidad que la teoría del multiculturalismo no puede dejar de reconocer.

Si nos preguntamos: Es posible conjugar la unidad de una sociedad con la diversidad de culturas o, por el contrario, hay que admitir que cultura y sociedad están tan estrechamente ligadas que la unidad de una implica la de la otra y que no puede haber vida social común entre poblaciones de cultura diferente ? (Touraine, 1995:14), habría que preguntar también: Es posible que una identidad nacional, multicultural o no, se comunique, intercambie y respete la existencia de otra con normas y patrones de construcción social diferente, sin imponer o universalizar las suyas ? . Es posible que una cultura nacional se bifurque y se desarrolle en dos contextos sociales diferentes u opuestos sin perder su identidad, donde un polo puede ser la antítesis económica y política del otro, incluso en Estados nacionales opuestos ? Puede una parte respetar la existencia de la otra sin deslegitimarla, donde cada parte reconozca lo que cada uno aporta a la cultura nacional ?.

La solución a la problemática de Touraine nos conduce a la existencia de la diversidad cultural en una sociedad sobre la base de los canones establecidos por la llamada democracia occidental sin cuestionar la base económica o política de la construcción de esa sociedad, es la problemática en lo esencial de países centrales como Estados Unidos, Canadá o los europeos. Sin embargo, las dos problemáticas siguientes nos sitúan en el caso de los países periféricos, donde los problemas del multiculturalismo están unidos a la independencia y la identidad nacional, a la lucha contra el poder del

capital transnacional o de algunas instituciones transnacionales más que multinacionales, y al debate que implica hoy la existencia de fuertes y extensas comunidades de emigrados de esos países que no han perdido sus vínculos con los países de origen y en algunos casos llegan a ser verdaderas comunidades transnacionales gracias a esa internacionalización alcanzada por la relación capital - trabajo y por el desarrollo del transporte y la comunicación.

Como ya hemos dicho, el problema no es sólo para los países que reciben los inmigrantes que tienen que asimilar la presencia de otras culturas, sino también para los países emisores de esos emigrantes que reciben el impacto de estos y ven transformarse relaciones sociales, culturales, económicas y hasta políticas por esa influencia. Mayor peso tiene esto en países chicos cercanos de países centrales donde reside buena parte de su población. Un ejemplo de esta influencia se expresa en países como Jamaica, República Dominicana, El Salvador y Cuba que poseen comunidades en Estados Unidos del 10 a más del 20 % de su población.

Los Estados Unidos en su discurso hacia el “Melting Pot” como expresión supuesta de multiculturalidad, que en el fondo no es más que cierta interculturalidad con relación de un grupo fundador sobre el resto que es admitido, pero en forma subordinada a los patrones ya impuestos, reclama todos los derechos de aceptación para los inmigrantes cubanos posteriores a 1959, sobre todo en los años 60 y 70, como expresión de falsa pluralidad y bajo estratégicos intereses políticos, pero no aplica iguales normas de pluralidad para los cubanos de la Isla con un sistema social diferente. La aplicación indiscriminada de la categoría legal de refugiados para aceptar como inmigrantes a más del 70 % de los aproximadamente 780 000 cubanos admitidos en los EE.UU. entre 1959 y 1995 (U.S. INS 1997, U.S. INS 1991), y la influencia en eses sentido respecto a la identidad del grupo como exilio, en total diferencia con otros inmigrantes con muchas razones causales para obtener la categoría de refugiado o asilado, es claro ejemplo de la manipulación política de la migración cubana y del manejo de su etiqueta identitaria desde el gobierno norteamericano.

No obstante la diferencia de problemáticas, la mayor parte de los elementos conceptuales base del enfoque de una sociedad multicultural, son válidos para abordar la identidad diaspórica, teniendo en cuenta la especificidades contextuales y la historia en cada caso. El hecho real, hoy más de 1,3 millones de cubanos viven en el exterior, la abrumadora mayoría de estos en los Estados Unidos (1,1 millón), en específico en el área metropolitana de Miami. Esto constituye alrededor del 10 % de la población de la Isla y es una emigración ocurrida en lo esencial después de 1959 a raíz del triunfo de la Revolución en Cuba. El flujo emigratorio desde 1959 ha tenido sus altas y bajas en relación con las transformaciones internas en la Isla y los cambios en las políticas migratorias de ambos países, fundamentalmente de los EE.UU. como principal país receptor. Ahora, a raíz de los cambios que están ocurriendo en el país producto de la profunda crisis que se vive después del derrumbe del socialismo europeo, el potencial emigratorio ha crecido rápidamente y puede casi igualar la cifra de los que ya viven fuera del territorio nacional. El exterior, dentro y fuera de la Isla, se ha convertido para muchos en una aspiración social, en una forma de futuro de vida que supera la realidad nacional, en una especie de salvación existencial, al margen del proyecto político de la Revolución, más - menos se queden dentro de este, o se separen en forma radical (Rodríguez-Chávez 1997).

En el caso cubano, la identidad cultural en la diáspora y la Isla pueden aparecer como reflejo de las aspiraciones multiculturales en un sentido amplio del término, aquí no se trata de culturas diferentes, si no de una misma que se dividió y tomó cursos diferentes con un raíz común. El elevado crecimiento de la emigración después de 1959 y la conformación del enclave cubano en Miami en los años 60 y 70, fraccionó y amplió al mismo tiempo la identidad cultural cubana. Cada parte dio continuidad y enriqueció lo tradicional desde perspectivas políticas y económicas diferentes, negándose uno al otro en parte del proceso.

En lo anterior, la continuidad se observa en la vida privada de ambas partes, en el fuerte sostén de las tradiciones por cada lado y en la comunicación familiar perdurada. La discontinuidad aparece, en la vida pública gobernada por la política, por las leyes y el sistema económico-social imperante en cada lado que va a agregar nuevos elementos a

esa identidad e incluso va a cambiar parte de los anteriores, ya sea por imposición o por voluntad natural de los individuos. La discontinuidad llegó a ser manifiesta hasta en rompimientos familiares fuertemente apasionados en la diferencia política.

La identidad cubana hoy está en la Isla y en la diáspora. En ambas partes hay elementos identificadores básicos: idioma, costumbres alimentarias, moda, música, vida cotidiana, cultura política. Al margen de los modismos diferenciadores, todos los elementos anteriores unen a cubanos de cualquier parte. Sin embargo, la confrontación Cuba - EE.UU. y el conflicto político Isla - diáspora, actúan en forma permanente como separadores y exacerbadores de la diferencia.

La inserción de los inmigrantes cubanos en la sociedad norteamericana impacta sin dudas sobre la identidad cubana en su más amplio sentido. Esto se refleja en el proceso de asimilación, aculturación, integración o interculturalidad que pueden desarrollar, con la consiguiente mantención y pérdida de rasgos de identidad cubana, y con la conformación de nuevas formas como lo cubano-americano que no deja de tener componentes de identidad cubana y norteamericana al mismo tiempo (Rogg 1974, Pérez 1986, Valdés 1987, Alvarez 1988., Portes y Truelove 1988, Portes 1995). Cuánto de identidad cubana hay en la diáspora cubana en los EE.UU. en estos momentos ?. A qué cultura pertenecen las manifestaciones de los cubano-americano en la literatura, la plástica, el teatro o la música ?.

Esas pudieran ser algunas de las preguntas, ahora hay otras quizás más importantes, en el término de reconocer la necesidad de tolerancia y diálogo entre partes, de aceptación mutua con diferencias. Cómo relacionar ambas partes de la identidad cubana si no se reconocen explícitamente unos a otros ?. Si parte de la identidad de cada uno es olvidarse de lo común y establecerse como el opuesto ?. Cómo aceptar la ampliación de la identidad cubana si parte del conflicto político de fondo está en la pertenencia o no al país, a la nación y a la identidad que estableció cada grupo o que se le indujo como distintivo de sus objetivos ?. Después de dos décadas de total abismo y silencio en los 60 y 70, y algún intento frustrado de deshiele en 1978 y 1979 (Ver Diálogo 1978), parece resurgir una tendencia al reconocimiento de ambas partes de la cultura cubana desde

finis de los 80. El debate en este sentido recién a comenzado en acciones políticas y teóricas en los 90 (Ver Conferencia la Nación y la emigración 1994, Granma 1995, UNEAC 1995, Behar 1995, Duany.1997^a).

Del transnacionalismo a la identidad cubana y su diáspora

Cuando décadas atrás se analizaba la migración internacional, se hablaba del origen de la migración y su destino como cosas apartes. El proceso de conjugación de factores de expulsión de individuos de una sociedad era uno, y otro el de inserción en la sociedad que lo recibía. Los cambios en la identidad del migrante estaban basados en lo fundamental en los niveles de asimilación, integración o segregación en la nueva sociedad. El emigrado era esencialmente una referencia en el lugar de origen, sólo casos especiales como Puerto Rico al ser y no ser parte del territorio norteamericano, desarrolló desde décadas atrás lo que se llamó migración circular. Sin embargo, hoy los niveles de interconexión logrados entre el lugar de origen y de destino del migrante, más su movilidad entre ambos territorios es tal en algunos países o localidades (República Dominicana, El Salvador, México), que varios autores han comenzado a hablar de transnacionalismo migratorio, comunidades transnacionales e identidad transnacional a inicios de los años 90. Esa es la nueva dimensión del efecto de la emigración.

El término “transnacionalismo” se está empleando como el proceso en virtud del cual los migrantes forjan y sostienen relaciones sociales con filamentos múltiples que vinculan sus sociedades de origen y de asentamiento, construyendo esferas sociales que cruzan fronteras, geográficas, culturales y políticas, y sostienen una activa participación al mismo tiempo en ambas sociedades (Basch et al 1994, Glick et al 1992). Se ve como la movilidad permanente en dos direcciones de recursos tangibles e intangibles, expresos en personas, dinero, ideas, símbolos culturales, conflictos políticos, etc (Guarnizo 1997: 170). Ahora todo el movimiento es facilitado por el enorme desarrollo de las comunicaciones en telefonía, radio, televisión, computación, y las más diversas formas de transporte. Las distancias se han hecho pequeñas y los costos han disminuido. La inmediatez de la información, la comunicación personal o una transacción bancaria o comercial facilitan la participación socioeconómica en dos sociedades diferentes.

Sin dudas en las condiciones de la llamada globalización, la migración transnacional expresa de forma peculiar la interconexión del mercado laboral internacional, el movimiento de mercancías y capitales en poca escala, y la interdependencia política y social

entre territorios diferentes. Miles de pequeñas y medias empresas son financiadas desde el exterior por los emigrados. Los viajes cíclicos al exterior de los nuevos “empresarios transnacionales” emigrados se convierten en una forma de aprovechar las oportunidades económicas entre ambos países y se va en busca hasta de las grandes inversiones para los de más recursos (Portes 1996: 115-117). Las remesas financieras provenientes de los emigrantes se convierten en una fuente de subsistencia para miles de familias y llegan a constituir una de las tres primeras fuentes de divisas para algunas economías en el Caribe (Keely 1989, Wiarda 1994, Autler 1997, Lungo 1997). La actividad social en muchas comunidades comienza a vincularse y hasta depender de la relación con los emigrados en los nuevos proyectos, la promoción cultural y hasta en las decisiones políticas. De igual forma la vida de muchos emigrantes y sus proyectos económicos o sociales están cada vez más vinculados a su país de origen en vez de a la sociedad receptora. Hay no sólo una internacionalización de la economía a nivel estatal, sino de la vida cotidiana de familias y comunidades completas.

Este proceso de transnacionalismo gradual lleva a dejar atrás las definiciones de emigración definitiva y retorno definitivo, crea complejos caminos de interacción de raza, etnicidad, clase y otras variables de identificación social que se separan del nacionalismo tradicional. La nueva identidad transnacional no tiene una base Estado - Nación única como principio, el migrante participa en dos sistemas políticos y ciudadanos a la vez, quizás contradictorios. La migración transnacional ha creado comunidades imaginarias, sin fronteras, familias conectadas por fuertes redes de interacción a largas distancias e identidades híbridas. La tendencia a rechazar las presiones de la sociedad receptora a la asimilación del inmigrante, va unida a la necesidad de adaptarse a la vida allí para encontrar mecanismos de superación social y a los fuertes vínculos con la sociedad de origen, tal es el caso de dominicanos en san Juan, Puerto Rico y en New York (Duany 1997).

Los lazos e interrelaciones que se crean entre los emigrados y la comunidad de origen, no sólo transforman su identidad, sino que actúan en la identidad nacional en general, influyen en las costumbres cotidianas de la vida en la sociedad de origen y en el

lenguaje, nuevos hábitos de consumo y manifestaciones culturales se entronizan en la vida nacional por sus propios coterráneos, no por la influencia extranjera directa. El nacionalismo tradicional o exagerado se ve amenazado ante esta tendencia.

La gente que se desplaza cruzando fronteras se ha vuelto una fuerza significativa en la transformación del Estado - Nación y sus instituciones. La redefinición de la identidad nacional y la ciudadanía se ve presionada desde arriba por la dinámica de los Estados y los capitales, y desde abajo por los migrantes transnacionales. Hay más de un Estado involucrado en la vida cotidiana de esas personas, esto aumenta la diversidad étnico - nacional en los países receptores y a su vez influye en los países de origen (Guarnizo 1997: 166).

Estados como México, República Dominicana y Colombia, entre otros, se han visto obligados a readecuar sus políticas hacia la emigración, han modificado sus constituciones políticas en virtud de permitir la doble ciudadanía y la participación electoral para los residentes en el exterior. Han creado departamentos o instituciones especiales para atender a sus nacionales en el exterior y comienzan a adoptar políticas de corte transnacional en el sentido de actuar e influir sobre esos ciudadanos externos, ya sea para encauzar las remesas financieras en función de políticas económicas nacionales o como vía de capitalizar el potencial político de sus nacionales en otro país, hacia el interior y hacia el propio país de emigración.

Qué relación pudiera tener la diáspora cubana con esta nueva manifestación de la emigración, cuando hay un conflicto político que la separa permanentemente del país de origen, cuando se vive en sistemas socioeconómicos opuestos y cada parte busca revertir la historia ?. Parecería que no existe conexión alguna, pero no es así, existe mucha relación con este nuevo enfoque teórico de la migración y desde mucho antes, claro en dimensiones y contextos diferentes.

Para los cubanos no existe el transnacionalismo migratorio en su sentido directo, una fuerte política restrictiva al libre movimiento de cubanos hacia y desde el exterior caracteriza la política cubana desde 1961 cuando esto pasó a ser tema de seguridad nacional, en tanto los cubanos emigrados hacia los EE.UU. en los primeros años de la

Revolución, se convirtieron en el foco esencial de los intentos por derrocar el nuevo gobierno y arma estratégica de la política estadounidense para esa propia finalidad (Azcuay 1995). Sin embargo el efecto del transnacionalismo migratorio pudiera estar en dos niveles. Uno primario respecto al proceso de conformación de identidades en la diáspora y la Isla desde los años 60, y otro con los cambios radicales ocurridos en la relación entre el país y los emigrados, y el consecuente relacionamiento que esto permite en la coyuntura de los 90's.

Sólo para citar un ejemplo en el segundo nivel del grado de interconexión existente entre la diáspora y la Isla, y sobre lo cual no volveremos, baste señalar que después de que en 1993 el gobierno cubano permitiera el envío de remesas monetarias desde el exterior y diera facilidades para los viajes de visita de los emigrados a Cuba, y aún bajo las prohibiciones de ambas cosas por los EE.UU. como parte del conflicto político, los viajes de visitas a Cuba de los emigrados se ubican en más de 40 000 al año desde 1995 vía terceros países al no existir vuelos directos entre los EE.UU. y Cuba. Además la CEPAL ha calculado que en 1997 Cuba recibió unos 800 millones de dólares como remesas financieras. El impacto de ambos indicadores es obvio para una economía tan pequeña como la cubana que por demás atraviesa la peor escasez de recursos de su historia.

En cuanto a la identidad cubana el transnacionalismo lo apuntamos no como expresión de acercamiento, de interrelación fluida y permanente, o vida común entre emigrados y comunidad de origen, sino en la interrelación que se establece entre ambas partes por oposición y conflicto crítico de desconocimiento mutuo y negación que condiciona parte de los elementos identitarios de cada lado, bajo la influencia de su matriz cultural común y de la acción de los Estados involucrados en la formulación de etiquetas identitarias.

En el contexto de la confrontación política los EE.UU. - Cuba, cada gobierno se encargó de influir, promover e imponer en algunos casos la identidad que más le convenía a sus intereses estratégicos para definir a los migrantes. El gobierno de los EE.UU. y la propia comunidad se han encargado de vender la imagen del exilio para designar toda la emigración cubana posterior a 1959, o la de "exilio dorado" y comunidad triunfadora de refugiados en los años 60 y 70. O la imagen del "balsero" escapado del "comunismo

infernol", todo como vía de desacreditar y descalificar hasta hoy el proceso social de la Revolución. Los cambios en la política migratoria norteamericana a partir de 1994 hacia los cubanos y en especial la repatriación de "balseros" acordada en 1995 con el gobierno cubano y su caracterización como inmigrantes ilegales igual que hacen con otros países, afecta una parte política esencial de la identidad cubana en el exterior que tanto han defendido ellos mismos, o por lo menos los grupos líderes que se encargan de sobredimensionar el aspecto político de la emigración.

Al interior de Cuba, la denominación de las personas que emigraban cambió según el momento histórico, en relación directa con el clima político del país, el estado de la confrontación con los Estados Unidos y de las relaciones con los cubanos residentes en el exterior, entre otros factores. Fue evidente el predominio del componente político - ideológico en las diferentes formulaciones.

Así el discurso político oficial, la prensa y la voz popular, coincidentes en su mayoría, puso en moda los términos de "contrarrevolucionarios", "gusanos", "apátridas" y "vende patria", para los que emigraban, a partir del papel que jugó un importante sector de esos emigrados en acciones políticas, militares y de espionaje contra la Revolución en coordinación con el gobierno de los Estados Unidos. Se perdió la diferencia de grupos o sectores entre el más de medio millón de cubanos que emigró desde 1959 hasta 1973 cuando finalizó el llamado "Puente Aéreo". Esta visión interna ayudó sin dudas a reforzar la imagen externa de esta emigración como exilio.

Después, a raíz del Diálogo de 1978 entre un grupo de estos emigrados y el gobierno cubano, se les comenzó a llamar "la comunidad" o "los comunitarios" que venían en visita familiar a Cuba, y estaban dispuestos a conversar con el gobierno revolucionario, lo que implicaba de hecho, un reconocimiento a la Revolución a pesar de las discrepancias políticas. Casi de manera simultánea surgió el término "escoria" para denominar a los que emigraron en 1980, en el singular éxodo que se produjo por el puerto del Mariel.

En los últimos años los cambios en la política migratoria cubana, un nuevo contexto nacional e internacional, el viraje de la política inmigratoria norteamericana y un nuevo acercamiento del gobierno de Cuba a los cubanos residentes en el exterior desde 1994,

han facilitado -al menos en Cuba- una imagen pública más precisa del asunto. Ahora se les denomina: la emigración, la comunidad emigrada, los emigrantes o personas que salen por medios propios, para el caso de los conocidos "balseros" (Rodríguez-Chávez 1997: 81-138).

En la reciente producción literaria de la diáspora (cubano-americana o cubana) se ha manifestado el interés de querer dejar atrás las etiquetas de "exilio dorado" o "gusano sucio" a pesar de la mantención del conflicto y su reflejo en las limitaciones a la promoción cultural. Se busca una imagen más exacta de lo cubano en el exterior, de lo cubano-americano y puentes que enlacen la cultura cubana de ambas partes (Duany 1993, Behar 1995, Fowler 1996).

En Cuba durante los últimos años se está dando un real acercamiento entre cubanos de la Isla y del exterior al margen de las diferencias políticas. El gobierno cubano está impulsando oficialmente esta política con hechos concretos desde 1994, pero a nivel familiar el proceso es mayor y viene en gradual crecimiento desde años anteriores. En este proceso intervienen muchos factores de la situación en los años 90 en Cuba y de la nueva percepción y autopercepción que se va teniendo de la emigración, que incluye el no rompimiento definitivo con la Isla a diferencia de décadas anteriores. Aquí lo interno interactúa con lo externo, igual que lo individual con lo social. Un reconocimiento de ambas partes se va construyendo, una nueva relación trata de imponerse, aunque parte de ambos lados lo dificulten a nivel político o institucional.

Los cambios de los 90 en Cuba han traído igual que en otros países, aunque en nivel diferente, una mayor atención hacia los nacionales residentes en el exterior, no sólo a nivel de cambios de política, sino y en mayor medida, de cambios en el reconocimiento cultural de ambas partes y en el comienzo de su divulgación. Importantes publicaciones periódicas como la Gaceta de Cuba y la revista Temas se han encargado de esto como parte de un esfuerzo mayor de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba.

De los problemas en la definición de la identidad cultural cubana y su diáspora

En la comprensión de lo cubano hoy, además de analizar la formación histórica de la identidad cubana desde el siglo XIX y su relación con la lucha por la independencia

nacional desde su surgimiento hasta nuestros días, es preciso apuntar como elemento de inicio el proceso permanente de construcción y desconstrucción que esta sufre y su ampliación a partir del surgimiento y desarrollo de una fuerte comunidad cubana en el exterior.

Es válido que una cultura debe ser permanentemente reinterpretada, ampliada con elementos del cambio interno y externo, pero también se debe defender su identidad y sus fronteras para evitar la tolerancia extrema que conduce a la desorganización social y cultural. Defender la identidad contra todo lo extranjero o externo, lleva a la homogeneidad forzada, al autoritarismo y limita la pluralidad bajo la bandera de la falsa identidad. La heterogeneidad impuesta al extremo o desde el exterior conduce al relativismo cultural y político, e impide la realización de proyectos nacionales y cambios sociales estructurales. En el proceso de construcción y desconstrucción de la identidad cubana actual y su relación con la diáspora habrá que considerar cuidadosamente varios factores:

- Su manifestación como necesidad de una nueva relación sujeto - colectivo - nación.
- La movilidad y amplitud del concepto y la forma en que sus componentes de relación social intervienen: la integración y la crisis, la estrategia y los recursos, así como el compromiso y la forma de conflicto en que se expresa el vínculo entre la Isla y la diáspora. La necesidad de incluir en la identidad cultural cubana ambas partes y que cada una reconozca su papel
- La relaciones que pueden establecerse entre los problemas de la identidad cubana y su diáspora, con los presupuestos teóricos y prácticos de la sociedad multicultural y el transnacionalismo.
- El papel del conflicto Cuba - EE.UU. y Cuba - diáspora como límites al proceso de inclusión. La mediación institucional a favor y en contra de los procesos integracionistas y del derecho público y privado de los individuos a escoger espacios y normas diferentes para vivir sin que se imponga la voluntad política de unos sobre otros.
- El desconocimiento de ambas partes como vía de identificación y legitimación por exclusión de cada uno: la Isla y la diáspora, con su impacto sobre la identidad nacional y la cultura.

- En el análisis específico de la conformación y los cambios de la identidad cubana en la diáspora residente en los EE.UU., debe considerarse bien el impacto de las diferentes oleadas migratorias a partir sus características propias como individuos y de los componentes sociales que arrastran desde Cuba en cada época, además de la coyuntura política en que se produce el movimiento migratorio y el impacto del enclave y la sociedad receptora. Las nuevas oleadas migratorias actúan como portadoras de lo cubano más puro, como revitalizadoras de la cubanía del enclave, pero a su vez llevan los nuevos elementos de la identidad cubana en la Isla. También debe considerarse aquí el papel del enclave cubano en Miami que actúa como facilitador de conservación de lo cubano, pero también como estigmatizador político en oposición al cambio y a la asimilación de lo nuevo respecto a la Isla.

- Para la evolución de la identidad en la Isla hay que considerar las incorporaciones, exclusiones, modificaciones a los elementos tradicionales que han provocado casi 40 años de transformación sociocultural y económica radical como resultado de la Revolución socialista.

- Para ambas partes hay que valorar el impacto recíproco de la interrelación familiar directa y algún acercamiento en términos de intercambio cultural. El incremento de viajes en ambas direcciones desde 1991, la mejoría en la comunicación telefónica, la aportación económica del exterior a los de la Isla y un mayor conocimiento de lo que pasa en ambos lados por cada uno, impacta la actitud y el comportamiento de cada grupo, en lo cultural, lo social, económico y político a nivel de realización individual o aspiraciones, o sea en la construcción del espacio ideal inexistente en la realidad, o en el comienzo del tejido de las relaciones transnacionales de vida económica, social y familiar en los escasos límites que ofrece la relación actual entre Cuba y los EE.UU.

REFERENCIAS:

- Alvarez, Carlos M. (1988). La comunidad cubano-norteamericana del sur de la Florida: algunas reflexiones. En *Hispanos en los Estados Unidos*, editado por Rodolfo J. Cortina y Alberto Moncada, pp. 297-306. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica.
- Autler, Lilian. (1997). Una potencial alianza para el desarrollo. Remesas y movimiento cooperativo en El Salvador. En *Migración internacional y desarrollo*. Tomo I. Comp. Mario Lungo, pp. 95-148. San Salvador. Fundación Nacional para el Desarrollo
- Azcuy, Hugo. (1995). *Los derechos fundamentales de los cubanos y la cuestión de la emigración en las relaciones Cuba - Estados Unidos*. Centro de Estudios sobre América (mimeo).
- Basch, Etienne, Nina Glick Schiller y Cristina Szanton Blanc. (1994). *Nations Unbound: Transnational Projects, Postcolonial Predicaments, and Deterritorialized States*. New York: Gordon and Breach.
- Behar, Ruth y Juan León, eds. (1995). *Bridges to Cuba / Puentes a Cuba*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Conferencia "La nación y la emigración". Abril 22, 23 y 24.* (1994). La Habana: Editora Política.
- Diálogo del gobierno cubano y personas representativas de la comunidad cubana en el exterior, 1978. (1994). La Habana: Editora Política.
- Duany, Jorge. (1993). Neither Golden Exile nor Dirty Worm: Ethnic Identity in Recent Cuban-American Novels. *Cuban Studies* 23: 167-183.
- Duany, Jorge. (1997). The Creation of a Transnational Caribbean Identity: Dominican Immigrants in San Juan and New York City. En *Ethnicity, Race and Nationality in the Caribbean*, editado por Juan Manuel Carrión, pp.195-232. San Juan: Institute of Caribbean Studies, University of Puerto Rico.
- Duany, Jorge. (1997a). *From the Cuban ajjaco to the Cuban-American Hyphen: Changing Discourses of National Identity on the Island and in the Diáspora*. Cuban Studies Association. Occasional Paper Series 2 (8)

- Dubet, Francois. (1989). De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto. *Estudios Sociológicos* VII (21): 519-545.
- Fowler, Victor. (1996). Miradas a la identidad en el literatura de la diáspora. *Temas* 6
- Glick Schiller, Nina; Linda Basch y Crsitina Blanc-Szanton, eds. (1992). *Towards a Transnational Perspective on Migration: Race, Class, Ethnicity and Nationalism Reconsidered*. The Annals of the New York Academy of Science 645.
- Granma. (1995). Conferencia La nación y la emigración, 3 al 6 de noviembre de 1995. (Discursos, intervenciones principales y conferencias). 4 y 7 de noviembre.
- Guarnizo, Luis. (1997). El surgimiento de formaciones sociales transnacionales. Las respuestas de los Estados Mexicano y Dominicano a la migración transnacional. En *Migración internacional y desarrollo*. Tomo II. Compilado por Mario Lungo, pp. 163-214. San Salvador: Fundación Nacional para el Desarrollo.
- Keely, Charles B. y Bao Nga Tran. (1989). Remittances From Labor Migration: Evaluations, Performance and Implications. *International Migration Review*. (23) 1: 500-525.
- Kriesburg, L. (en prensa). *Social Conflict Theory. Toward Constructive Struggle*. Syracuse
- Kymlicka, Will. (1996). *Ciudadanía multicultural. Una teoría liberal de los derechos de las minorías*. Barcelona: Paidós.
- Lucas, Javier de. (1997). La sociedad multicultural. Democracia y derechos. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* (167).
- Lungo, Mario. (1997). Migración internacional y desarrollo. Una cambiante relación multidimensional. En *Migración internacional y desarrollo*. Tomo I. Comp. Mario Lungo, pp.17-40. San Salvador: Fundación Nacional para el Desarrollo.
- Pérez, Lisandro. (1986). Immigrant Economic Adjustment and Family Organization: The Cuban Success Story Reexamined. *International Migration Review* 20 (Spring): 4-20.
- Pinxten, Rik. (1997). Identidad y conflicto: personalidad, socialidad y culturalidad. *Afers Internacionals* (36): 39-57.

Portes, Alejandro y Cynthia Truelove. (1988). El sentido de la diversidad: recientes investigaciones sobre las minorías hispanas en los Estados Unidos. En *Hispanos en los Estados Unidos*, editado por Rodolfo J. Cortina y Alberto Moncada, pp. 29-58. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica.

Portes, Alejandro. (1996). Comunidades transnacionales: su surgimiento e importancia en el sistema mundial contemporáneo. *Temas* (5). enero-marzo: 109-121

Portes, Alejandro.(1995) Segunda generación de inmigrantes cubanos en los EE.UU. (Conferencia en la Universidad de la Habana). 26 de junio.

Prieto, Abel. (1994). Cultura, cubanidad, cubanía. En Conferencia “La Nación y la emigración”, pp.38-83. La Habana: Editora Política.

Rodríguez-Chávez, Ernesto. (1997). *La emigración cubana actual*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.

Rogg, Eleanor M. (1974). The Assimilation of Cuban Exiles: The Role the Community and Class. New York: Aberden Press.

Sandoval Forero, Eduardo A. (1993). *Migración e identidad. Experiencias del exilio*. Toluca: Universidad Autónoma del Estado de México.

Tourain, Alain (1993). *Crítica a la modernidad*. Madrid: Ediciones Temas de Hoy.

Touraine, Alain. (1995). Qué es una sociedad multicultural ?. *Claves* (56) octubre: 14-25.

U.S. Immigration and Naturalization Service. (1991). *Statistical Yearbook of the Immigration and Naturalization Service, 1990*. Washington DC.: U.S. Government Printing Office.

U.S. Immigration and Naturalization Service. (1997). *Statistical Yearbook of the Immigration and Naturalization Service, 1995*. Washington DC.: U.S. Government Printing Office.

Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) y Universidad de La Habana. (1995). *Cuba: cultura e identidad nacional*. Habana: Ediciones Unión.

Valdés, Juan. (1987). La aculturación de la comunidad cubana en los Estados Unidos. *Cuadernos de Nuestra América* 5 (7): 160-218.

Walzer, Michael. (1993). *Las esferas de la justicia social. Una defensa del pluralismo y la igualdad*. México: Fondo de Cultura Económica.

Wiarda, Howard J. (1994). The Economic Effects of Emigration: The Dominican Republic. En *Emigration and Its Effects on the Sending Country*, editado por Beth J. Asch, pp. 153-184. Santa Mónica, CA: Center for Research on Immigration Policy, RAND.